

INSTRUCCION TRIGÉSIMA SEXTA.

CUARTO MANDAMIENTO.

SEPTIMA INSTRUCCION.

DEBERES DE LOS FELIGRESES PARA CON SUS PARROCOS: DEBEN AMARLOS, ESCUCHAR SUS AVISOS Y RESPETARLOS.

TEXTO. — *Honora patrem tuum et matrem tuam ut longo vivas tempore.* Honra á tu padre y madre, para que tengas vida larga.

(DEUT. v., 16.)

EXORDIO. — Os indiqué ya, hermanos míos, que en el cuarto mandamiento venían comprendidos también nuestros deberes para con nuestros superiores espirituales... En calidad de cristianos formamos parte de una familia; tal es la familia de nuestras almas, la que es numerosa é inmensa y encierra en sí todos los miembros de la santa Iglesia católica, apostólica, romana. Esta sociedad, como divinamente organizada, tiene sus gefes y superiores, á quienes debemos estar sometidos. Y en primer lugar debemos tener para con el Papa, como Pontífice supremo de la verdadera Iglesia de Cristo, los mas tiernos y vivos sentimientos de veneracion, de obediencia y amor. El papa es el piloto escogido por Dios para conducir al puerto deseado esa nave de la Iglesia, dentro la cual entramos todos por medio del santo Bautismo. Y por furiosos que soplen los huracanes y por violentas que sean las borrascas que se levantan contra esta misteriosa nave, el Papa, aunque débil anciano, se halla siempre á la altura de todos los peligros y la conduce con todo el valor y energía, que reclaman las circunstancias. Amemos, pues, con ardiente devocion al Vicario de Jesucristo, verdadero padre de nuestras almas, y con nuestra veneracion filial y profunda reparemos las injurias y malos tratamientos de que es víctima por parte de sus desalmados perseguidores.

Tenemos además otro padre espiritual en la persona del Obispo que gobierna esta diócesis; y él tiene un derecho indiscutible á nuestro amor y obediencia. El Obispo posee la plenitud del sacerdocio; nosotros, vuestros párrocos y pastores, le estamos sometidos y adheridos, le veneramos como verdadero representante de Dios, le amamos como un padre, de quien hemos recibido la mision que ejercemos en medio de vosotros. Sus menores deseos son mandatos para nosotros, y cuando nos visita, le recibimos con la mas profunda deferencia. El Gefe, pues, de esta diócesis es también vuestro Padre y debéis recibirle con los sentimientos mas respetuosos, cuando viene á nuestros pueblos para administrar la santa Confirmacion á vuestros hijos é hijas y bendecir vuestros niños. Entonces apresuraos á acompañarle, y recibide con particular veneracion, pues hay especiales gracias vinculadas á su santa Visita. El soberano Pontífice y el Obispo, hé aqui, hermanos míos los superiores, á quienes todos indistintamente, fieles y pastores, debemos amar y venerar. Podrán los impíos ultrajarles en sus discursos y periódicos, pero hagamos con nuestro amor un baluarte á su dignidad; su honor debe ser inviolable y precioso para nosotros, de modo que nunca tomemos parte en los ataques y calumnias de los descreídos y libertinos...

PROPOSICION. — Mas en esta mañana me propongo tratar de un asunto mas delicado y casi personal, esto es, quiero explicaros cuales son los deberes principales de los feligreses para con su Párroco. Dejemos aparte mi personalidad; figuraos que soy un extraño en medio de vosotros y que os dirijo la palabra como un misionero venido de los confines de la Francia y que mañana ha de despedirse de vosotros. De esta manera no os fijaréis en mí y veréis simplemente las relaciones que deben guardar los parroquianos con su Párroco, sea éste el que fuere.

DIVISION. — Digo, pues, *primero*: los feligreses deben amar á su pastor; *segundo*: deben obedecer sus advertencias; y *tercero*: deben respetarle, mirándole como el lugarteniente de Dios en medio de ellos.

Primera parte. — ¿Habeis reflexionado bien, hermanos carísi-

mos, sobre lo que es un sacerdote?... Figuraos á un jóven que ha pasado la flor de su edad en hacer los mas largos é interesantes estudios y con notas brillantes á veces, dando inequívocas pruebas de virtud, de energía, de talento y de amor al trabajo. Las largas pruebas que ha sufrido en los tan serios estudios del seminario, dan sobrada fé de ello... Me dirijo, pues, á ese jóven para interrogarle de la siguiente manera: Atiende, jóven, ¿qué es lo que pretendes?

Con pocos esfuerzos puedes procurarte una buena posición en el mundo. Puedes ser comerciante, cajero en una banca, notario, médico ó abogado... Porque en verdad, hermanos carísimos, contamos en cada una de las profesiones mencionadas á sujetos que fueron condiscípulos nuestros. Mas el jóven me responde: — No, Dios me llama á una vida de sacrificio, quiero ser sacerdote, ministro de Jesucristo. — Por tres veces él se postra en el santuario, se pronuncian sobre su cabeza largas letanías, que se parecen á las preces que se rezan por los muertos: Dios lo toma para sí, le consagra, le hace una cosa suya, el hombre de su corazón; y ahí está todo! Tenemos, pues, al jóven hecho sacerdote, y sacerdote por toda la eternidad; ¡haga Dios, que se muestre fiel á las inmensos deberes que le impone tan formidable carga!

Y en virtud de este solemne compromiso nosotros abandonamos, hermanos carísimos, á nuestros padres y familia, y nos presentamos en medio de vosotros para consagraros nuestros días y noches, la inteligencia y talentos de que Dios nos ha dotado. Al hacernos Dios sacerdotes, os lo juro de verdad, crea en nosotros un corazón formado á imágen del suyo. El ama á sus criaturas y las colma de beneficios; pobres y ricos, débiles y pequeños, así que los poderosos y grandes de este mundo, todos ocupáis un puesto en el corazón de aquel que no sólo os ha criado, sino que además os ha redimido con el precio de su sangre... Ah! y cómo el corazón del verdadero sacerdote es semejante al corazón de Jesús, su adorable modelo! Vuestro párroco, hermanos míos, sea el que sea, (excuso repetiros que no debéis fijaros en mí,) vuestro párroco, como podéis observar, ama á vuestros hijos, os ama también á vosotros; sí, todos formáis su familia, y bien lo sabeis. Cuando vais á llamar

á su puerta, llamais á vuestra propia casa, á la casa de vuestro padre: y ¿habeis acaso sido mal acogidos alguna vez? Pero ah! si vuestros dolores son nuestros dolores y vuestras alegrías son también nuestras! No sólo nos interesamos por el bien espiritual de vuestras almas, sino que tenemos gran empeño en que prosperen vuestros negocios temporales y en aliviar vuestras necesidades corporales. Si estuviera en mi poder el hacer mas fértiles vuestros campos, si me fuera dable el hacer caer una bendición especial sobre cada gota de vuestros sudores, no ignorais que lo haría, y todos lo hiciéramos de buena gana. Apelo al testimonio de vuestra experiencia de que es así; y entre vosotros no faltarán sin duda algunos, que mas de una vez habrán tenido necesidad de experimentar la afección de sus pastores.

Segunda parte. — Sin embargo, hermanos carísimos, aunque nos cause satisfacción el amor que nos profesan nuestras feligreses, nos complace todavía mas el verlos corresponder á nuestros cuidados y seguir las instrucciones que les proporcionamos en orden á la santificación de sus almas. ¿Qué somos nosotros, cuál es nuestra misión, nuestro papel en medio de vosotros? Somos los representantes, aunque indignos de Dios N. S., somos sus embajadores. Tenemos el encargo de anunciaros su voluntad, de recordaros sus santos mandamientos. «Arriba el corazón, hermanos carísimos, arriba el corazón! almas redimidas por la sangre de Jesucristo. Esta tierra que cultivais con tantos trabajos, no es vuestra patria. Ese dinero, esos tesoros, esos miserables bienes temporales á que teneis tan fuerte apego, no son dignos de vosotros. Dios os ha criado para un fin mas noble, para la posesión de unos bienes de orden inmensamente superior. La tierra que se os ha prometido, es el Paraíso, los bienes de que debéis gozar, son eternos ó infinitos. Somos hijos de Dios, miembros de la santa Iglesia, hermanos de Jesucristo, muerto por nosotros en el Calvario: arriba, pues, los corazones! Como la abeja que se posa sobre la flor sólo para extraer de la misma el jugo, de que forma la miel, así solo debéis usar de las cosas de la tierra, en cuanto su uso puede serviros para prepararos un lugar allá arriba en el cielo... »

Ved ahí el lenguaje que os dirigimos de parte de Dios ; ved ahí la mision que tenemos que cumplir en medio de vosotros. La salvacion de vuestras almas es el objetivo de todos nuestros esfuerzos, y por esto debeis vosotros ser dóciles en obedecer nuestras instrucciones y en seguir nuestros consejos. He leído, no sé donde ¹, un rasgo que puede servirme aquí de comparacion. Un general, llamado Temistocles, que estaba en guerra, habia dado un consejo que debia salvar el ejército de los Griegos y proporcionarle la victoria. Turybiades, su adversario, negábase á seguir este consejo y alzaba su baston para herir... Levantándose entonces Temistocles con dignidad, le dijo : Hieres, si quieres, pero escucha ! Tambien, hermanos carisimos, nos satisface vuestro amor y afeccion, pero la salvacion de vuestras almas es lo que mas nos interesa, y de buena gana diríamos : « Aborrecednos, si tal es la propension de vuestras almas, mas escuchad las enseñanzas que os damos de parte de Dios y procurad redacirlas á la práctica. »

Cuando digo, hermanos carisimos, que debeis obediencia á vuestros pastores, de ningun modo me refiero á vuestros intereses temporales, cuyo cuidado compete del todo á vosotros ; pues sois sus dueños únicos. Nuestra mision es mas noble, mas santa, mas elevada y divina... Me guardará muy bien de daros ningun consejo, ni de haceros la menor indicacion, cuando se trate de vuestros negocios puramente temporales que podeis ensanchar y manejar de la manera que os plazca sin perjuicio de tercero. Y hasta cuando nos consultais sobre vuestras enfermedades, sois bien libres en seguir ó en rechazar nuestros dictámenes, pues tampoco somos médicos, ni Dios nos ha encargado la curacion y salud de los cuerpos, y si en este punto damos á veces algunos consejos, lo hacemos solamente movidos de un sentimiento de pura caridad... Repito, pues, que estos consejos os dejan en completa libertad de dejarlos, si no os gustan ; pero en tratándose de la salvacion eterna de vuestras almas y de vuestros intereses espirituales, ah ! entonces ya es otra cosa. En este caso os hablamos en nombre de Dios, cuya autoridad

1. Rollin, *Histoire ancienne*.

debe ser tan sagrada para vosotros como para nosotros... Cuando yo digo á vuestros hijos : sed sumisos y respetuosos hacia vuestros padres y madres, aplaudís con ambas manos : diciendo : « Es verdad, así debe ser. » Pues bien cuando os decimos en nombre del Señor, cuyos representantes somos : « Honrad á Dios, santificad el Domingo, sed probos y honrados, observad todos los mandamientos de su santa Ley y los que os da vuestra santa Madre la Iglesia católica... » deberíais decir igualmente : « es muy justo, tenéis sobrada razon. » Y haciéndolo así, sería el mismo Dios, á quien obedeceríais, y esto, á no dudarle, llenaría de un dulce consuelo el corazon de vuestros pastores... Oh ! no, tengo empeño en asegurarlo, no es nuestro propio interés lo que pretendemos, al encargarnos de amar á vuestros pastores, nuestro principal deseo es que seais obedientes á Dios, y no el ser servidos nosotros.

Tercera parte. — He afirmado, hermanos carisimos, que el tercer deber que tenemos que cumplir con nuestros pastores, es el de respetarlos. Entro de mala gana en este asunto, pues no me gusta hablar de mí pobre persona... Suponed, pues, como os advertí al principio, que es un misionero extraño el que viene á recordaros vuestros deberes con respecto á vuestros párrocos y pastores. Causa verdaderamente pena el ver como su abnegacion es desconocida y con frecuencia calumniadas sus costumbres, ya no digo en el seno de las grandes ciudades, sino en medio de nuestras pequeñas parroquias, que parece deberían estar mas al abrigo de la incredulidad é impiedad... Así de uno dirán : es un avaro ; de otro : él se mete en los asuntos del municipio ; y ¿ qué sé yo ? pues ni puedo, ni quiero enumerar las mil y tantas acusaciones de que somos blanco. Sabedlo, pues, Satanás tiene gran interés en nuestro descrédito, y con objeto de impedir el poco bien que podemos hacer, no se cansa de instigar á los herejes, incrédulos é impíos á calumniarnos.

Escuchad, hermanos carisimos, una reflexion que entrego á vuestra fé, á vuestra inteligencia y á vuestro buen sentido. Si por casualidad se encuentra en una parroquia un impío, un hombre falto de principios y de costumbres sanas, una mujer liviana y descreida,

casi siempre los encontraréis calumniando y criticando á su Párroco, alzando contra él bandera de adversarios... ¿ No es así?... Pobre párroco! bien digno serías de lástima, si tales sujetos fuesen tus amigos. Dejemos, hermanos carísimos, dejemos á los descreídos el triste papel de insultar y calumniar á nosotros los sacerdotes. En cuanto á nosotros que por la gracia de Dios conservamos la fé, no olvidemos jamás que los sacerdotes son verdaderos representantes de Dios y por esto tengámosles un profundo respeto. Me diréis que tienen ellos sus defectos; y quién lo duda? quién está exento de ellos en esta miserable tierra? Mas tened por cierto que vuestros párrocos os aman y que son los mejores y mas sinceros amigos que teneis. Ah! si supieseis vosotros que su mision es una mision de sacrificio y erizada de dificultades!...; Si pudieseis seguirlos á cada una de las horas del día, leer en el fondo de su corazon, acompañarlos, cuando celebran la santa Misa, oír como encomiendan vuestras almas á Dios, seguirlos cuando instruyen y confiesan á vuestros pequeñuelos y visitan á vuestros ancianos padres enfermos!...

Y despues de todo, hermanos míos, las calumnias y persecuciones dan poca pena al sacerdote que representa en medio de vosotros al divino Salvador, y se acuerda de ciertas palabras de gran consuelo y estímulo pronunciadas por nuestro amorosísimo Redentor: « El siervo, decía él, no es mas que su Señor, si á mí han perseguido y calumniado, no han de perdonar á vosotros. » Y en efecto, cuando yo veo á Jesús, nuestro ben Maestro, tratado por los fariseos como amigo de andar entre pecadores y gente de mal vivir, cuando oigo que hasta llegan á tratarle de endemoniado, ya no tengo necesidad de escuchar los demás falsos testimonios que lanzan contra él, ni de verle subir hacia al calvario, para espirar allí en medio de dos ladrones. Entonces digo entre mi: Oh Salvador de mi alma, ¿ no valiais vos infinitamente mas que el mejor de vuestros sacerdotes?... ¡ Bienaventurados los que siguen vuestras huellas y que, á imitacion vuestra, son á veces calumniados y maldecidos!...

Sin embargo, hermanos carísimos, los fariseos y saduceos, y si

os place mas, los hipócritas é impíos, que perseguian á nuestro divino Salvador, eran culpables, y á pesar de la resignacion de la augusta victima que hicieron condenar á muerte, recibieron ellos en el Tribunal de Dios el condigno castigo.

Asi nosotros, los sacerdotes, podemos perdonar y perdonamos, en efecto, del fondo de nuestros corazones á los que nos insultan y calumnian; pero la caridad nos obliga á decir: Temed no os castigue Dios... Un emperador cristiano ¹ decía: « Si yo conociese un sacerdote culpable, lejos de divulgar sus defectos, le cubriría con mi manto imperial. » Otro que sabia apreciar la dignidad del carácter sacerdotal, decía tambien: « Si yo me encontra se entre un sacerdote y un ángel, saludaría primero al sacerdote que al ángel ². » Y tenía razon, porque, á pesar de nuestras miserias é indignidad, el sacerdote es mas que un ángel... Sí, mas que un ángel. Quizá os extraña esto; escuchad, pues, la prueba. Por nuestra ordenacion, por el ministerio que ejercemos, cuando hemos dicho en el tribunal de la Penitencia al pecador: « Yo te absuelvo, » Dios ratifica en el cielo la sentencia. Ahora pues, el mas elevado de los Arcángeles no podría decirnos otro tanto. Cuando cada mañana tomamos en nuestras manos para la consagracion las santas especies sobre el altar, Jesucristo obedece á nuestra palabra. Al instante él desciende á mi voz y se pondrá sobre el altar, y ni S. Miguel, ni S. Gabriel, ni ningun otro de los espíritus celestes, por alta que sea su gerarquía, podría obrar un prodigio igual. ¿ No veis, pues, cuan grande es la dignidad del sacerdote y como tiene él derecho á vuestro respeto ³ ?

PERORACION. — Leemos en las sagradas Letras que un profeta, llamado Eliseo, estando para entrar en la ciudad de Betel, fué insultado por unos muchachos, que le gritaban haciendo burla: « Sube, sube, cabeza calva. » Volvióse Eliseo y lanzando sobre ellos una mirada de indignacion, dijo dentro de sí: Yo soy un pro-

1. Constantino, Apud *Pedag. Christ.*

2. Teodosio, *ibid.*

3. *1V Regun*, II, 24.

feta del Señor ; á Dios, cuyo representante soy, insultan en mi persona ; y maldijo á aquellos mozalvetes en nombre del Señor. Y hé aquí que salen al punto dos osos del bosque vecino y destrozan á cuarenta y dos de aquellos niños mal educados.

La ley antigua, hermanos carísimos, era una ley de terror y temor. Jesucristo no había enseñado todavía el perdon de las injurias y el amor de los enemigos ; ved ahí tal vez uno de los motivos porque aquel santo profeta se inspiró en su celo, al maldecir á aquellos niños. Nosotros, como sacerdotes del mansísimo Salvador, hemos de esforzarnos en imitar la mansedumbre y misericordia de nuestro Maestro ; y así no llamamos las maldiciones, ni las venganzas del cielo sobre aquellos que nos ultrajan y calumnian..., y hasta os diré con toda verdad, que aquellos que nos aborrecen y persiguen, tienen un parte muy especial en nuestras oraciones... Si os he dicho que debíais amar á vuestros párrocos, obedecer sus avisos, escuchar sus instrucciones, cuando se trata de los intereses eternos de vuestra alma ; si he añadido tambien que debíais respetarlos como á representantes de Dios, es porque todos estos deberes afectan á la salvacion de vuestras almas, y porque Dios os pedirá un día cuenta de como los habeis cumplido.

Es verdad, hermanos míos y me complazco en reconocerlo, que en esta parroquia el párroco es generalmente amado y respetado ; sólomente desearía que sus exhortaciones fuesen escuchadas con algo mas de docilidad. Oh ! escuchadme, pues, cuando os hablo de vuestra alma y de sus eternos destinos, cuando os digo, que Dios os ama y quiere salvaros ; que para llegar un día á ser sus elegidos, es menester huir el pecado y guardar los santos mandamientos... ! Qué felices seríamos, si pudiesemos un día hallarnos reunidos todos en la hermosa patria de los bienaventurados á los piés de la Virgen María, al lado de los santos, para alabar juntos por toda la eternidad al adorable Jesús, Pastor de los pastores !... Así sea.

TRICÉSIMA SÉPTIMA INSTRUCCION.

QUINTO MANDAMIENTO.

PRIMERA INSTRUCCION.

EL QUINTO MANDAMIENTO PROHIBE EL HOMICIDIO, EL DUELO Y EL SUICIDIO.

TEXTO. — *Non occides.* No matarás...

(EXODO. CAP. XX, V. 13.)

EXORDIO. — Hermanos míos, antes de pasar á la explicacion de lo que nos prohíbe el quinto mandamiento, creo necesario hacer una observacion, por la que voy á comenzar...

Este mandamiento nos prohíbe atentar *injustamente* á la vida de nuestro prójimo... Notad bien esta palabra : *injustamente*. En efecto, puede haber casos en que el homicidio sea legítimo y permitido... Transportaos al seno de nuestros tribunales de Audiencia. Allá en el banquillo de los acusados aparece un malvado, verdadero azote de la sociedad. Es un ladron que, por consumir sus rapiñas, ha derramado la sangre de un inocente, sumergiendo á una familia entera en profundo y prolongado duelo. Quizá sea uno de esos mónstruos que hoy no es difícil encontrar, el cual no ha tenido empacho en valerse del puñal ó del veneno para deshacerse de un padre ó de una madre, cuya vida prolongada era una pesadilla para su codicia criminal. Los jurados que van á pronunciar su fallo sobre la suerte de ese mónstruo, los jueces que formulan la sentencia, sea esta la que fuere, no son en verdad culpables, pues cumplen un deber sagrado ; y aun añadiré que serian ellos criminales á su vez, si se mostrasen demasiado indulgentes. El crimen dejado impune viene á ser un estímulo para nuevos crímenes, como la atestigua la experiencia y la confirma la historia... Cuéntase que un asesino se presentó por tercera vez á pedir perdon á Luis XI, rey de Francia. — ¿ Cómo, contestó el príncipe, osáis contar sobre mi clemencia, despues de un triple asesinato ? — Un hombre que se encontraba allí presente, respondió con justicia. — Señor, ese miserable es reo de un solo asesinato ; de los otros dos